Nando quesada era autista pero siempre lo llamaron tonto.

Y nunca importó que un diagnóstico médico lo apellidase “trastorno Asperger” ni que su coeficiente intelectual se situase ligeramente por encima de la media, porque Nando Quesada dibujaba cosas que otros no pintaban, conocía las banderas de todos los países del mundo, llevaba indumentaria que otros no vestían, separaba la comida por colores, contaba cada noche su colección de canicas, odiaba el amarillo, reordenaba sus tebeos ya ordenados después de leerlos, se tapaba los oídos y gritaba cuando el ruido era excesivo o cuando le tocaban.

Sus mejores amigos eran su abuelo y su vecina Raquel.

La tarde después de su ingreso no llovía. Las hojas de los árboles de la alameda bailaban en remolinos y Nando escribió que su abuelo de habló de los Beatles, del Quijote y de los tardígrados para protegerlo. Anotó, además, la amistad de Raquel, su vecina de diez años, que hacía preguntas directas, no creía en el ratoncito Pérez y también odiaba el amarillo. No llovía y Nando apuntó al respecto: “Ahora que no puedo llorar es una lástima que no llueva”, y cerró su libreta.

Pero eso fue cuando lo del centro psiquiátrico, y las heridas de Raquel, y las lágrimas de su abuelo, el día que su vida cambió para siempre y ya nunca más afeitó su barba de proporciones bíblicas.

Antes había sido niño y adolescente.

La primera vez que trataron de dañarle arrojándole el término a la cara, Nando Quesada se escondió con su dibujo debajo de la cama primero y buscó a su abuelo después, cuando ya había llorado lo suficiente.

Estaba al comienzo de ese año escolar en que uno cambia los lápices de colores por rotuladores de niño mayor, aunque su madre no había estado de acuerdo. Argumentó que con sus viejos lápices podría borrar sus fallos. “Siempre te sales al colorear, cariño. ¿Es que quieres que los otros niños se rían de ti?”. Pero el abuelo se empeñó, indignado, fijando los dientes y apretando la mirada: “Sólo un imbécil se ríe de los fallos de otro. ¿Cómo podemos aprender a colorear si no coloreamos?”. Y cerró filas en torno a su nieto y sus flamantes rotuladores.

Aquel día, al abandonar su escondite de lágrimas, Nando se restregó los ojos y limpió las huellas de humedad en ellos. Salió afuera. El abuelo estaba sentado en el porche. Fumaba y sus gafas descansaban en la punta de la nariz. Leía algo. Él no dijo nada durante un rato y su abuelo no levantó la vista. Luego le enseñó sin palabras su dibujo fallido, el objeto de las burlas de sus compañeros. Un submarinista con traje azul y aletas rojas. Los colores se desparramaban por los límites de la figura. Debajo, en el margen derecho, se apoyaba su nombre con una ligera inclinación diagonal y la letra *o* de mayor tamaño. El abuelo cerró su libro. Alzó la hoja de su nieto y la contempló detenidamente.

– No se colorear, abuelo – y esa fue toda su exposición culpable.

– No sabes colorear… todavía – respondió su abuelo. Se había quitado las gafas de leer.

– No lo entiendo.

– Sí. Puede que aprendas a colorear o puede que no – Se recostó en su butaca y continuó – Pero lo importante es hacerlo. Si te gusta colorear, colorea.

– Sigo sin comprender, abuelo – Nando lo miraba con fijeza.

– ¿Nunca te he hablado de los osos de agua? – preguntó el abuelo.

Ese atardecer su abuelo le contó quiénes eran los tardígrados.

Le explicó que aquellos seres microscópicos e invertebrados poseían características únicas en el reino animal y sin embargo muy pocas personas sabían de su existencia.

– ¿Sí? – preguntó Nando – ¿Qué es lo que hacen, abuelo?

– La pregunta sería: ¿qué no pueden hacer? – respondió su abuelo, y prosiguió con la exposición – Se ha comprobado que pueden sobrevivir en el vacío del espacio exterior, soportar cien veces más radiación que cualquier otro animal y vivir en condiciones de frío y calor extremos. Ah, y una vez vi en un documental que son capaces de aguantar hasta diez años sin beber agua. Son considerados los seres vivos más resistentes de la naturaleza – concluyó.

– ¿Por qué los llaman osos de agua?

– Pues por su aspecto y manera de caminar. – Entonces el abuelo de Nando miró a su nieto a los ojos ­–. Casi nadie conoce a los osos de agua. A nadie le importan. Pero ellos existen y ya ves, hacen cosas increíbles. Habrá gente que no te conocerá jamás, Nando, que nunca sabrá que existes, pero eso no significa que no seas capaz de hacer cosas increíbles, ¿de acuerdo? – Se encendió un cigarrillo –. Nadie sabe hacerlo todo perfectamente. Mira, hay quien puede meter un gol desde treinta y cinco metros, o correr muy rápido, o descubrir una vacuna para una enfermedad hasta entonces incurable, o construir una cabaña en un árbol, o hacer llorar a los demás con un poema, o resolver una ecuación matemática, o simplemente ver cosas que otros son incapaces de ver. –Durante unos segundos permanecieron callados hasta que Nando quebró el silencio.

Nando confesó que se habían burlado de él por su dibujo y mencionó por primera vez la palabra “tonto”.

– ¿Bromeas? Nunca había visto unas aletas de buzo rojas y ahora estoy preguntándome cómo nadie las había inventado todavía. Si yo fuera buzo querría tener unas así – y terminó con rotundidad: –¿Me estás diciendo que el inventor de las aletas rojas es un tonto?

La luz los había ido abandonando poco a poco. La tarde, la conversación y el sol se ponían. Nando permaneció de pie con las manos en los bolsillos. Su abuelo se incorporó, se quejó de su rodilla izquierda y se acercó hasta él. No lo tocó.

– Ven, vamos dentro. ¿Qué tal espaguetis?

– Vale. Los espaguetis también son rojos, como las aletas – y Nando salió disparado hacia la cocina.

El abuelo se demoró unos instantes. Apuró su cigarrillo, sonrió en la oscuridad y siguió los pasos de su nieto.

El año que cambió su maleta de ruedas por una mochila al hombro, Nando ya no dejaba que su madre le peinara con raya, combinaba personalmente sus zapatillas de deporte favoritas (una azul y una roja, casi siempre), llevaba gafas de natación graduadas, su colección de canicas alcanzaba ya las dos decenas y pintaba tardígrados y submarinistas azules de aletas rojas en su libreta también roja, pero en el instituto alguien inventó un nombre para él, tirando de diminutivo y ripio: “Nandito el tontito”.

Cenaban huevos fritos, guisantes y salchichas en la mesa de la cocina. Nando delimitaba las fronteras cromáticas entre los ingredientes de su plato y descartaba la yema por amarilla. Su abuelo acorralaba a los guisantes con el pan y los conducía hasta su cuchara y su madre empuñaba el bote de tomate.

– No, no, que lo vas a mezclar todo – protestó Nando.

– ¿Cuándo vas a dejar esas manías tuyas, hijo? – respondió la madre y suspiró después. Negó con la cabeza –. ¿Y por qué sí mezclas tomate con los espaguetis, si puede saberse?

– Se llaman espaguetis con tomate por algo. Pero los guisantes, no – y esa fue su respuesta.

Su madre no añadió nada más. El abuelo tampoco dijo nada, pero esbozó una sonrisa. Comieron en silencio.

Cuando ya a los postres le preguntaron por su primer día de instituto, Nando relató con pesar el mote que alguien le había dedicado: fue la noche en que su madre le reprochó no utilizar deportivas del mismo color y llevar gafas de natación fuera de la piscina. Fue también la noche en que el abuelo le leyó las primeras líneas de *El Quijote*.

– “Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben” – recitó el abuelo. Las gafas dormían de nuevo en la punta de la nariz. La luz del porche doraba aún más el güisqui y plateaba el cenicero, ambos depositados en la mesa de madera. El libro descansaba en su regazo –. Este es sin duda el mejor libro que se haya escrito jamás y el personaje mejor trazado de la historia de la literatura. – Encendió el cigarrillo, y bebió un sorbo –. ¿Sabes que la gente pensaba que Don Quijote estaba loco? – Fumaba y hablaba. Fumaba y hablaba –. No entienden una mierda. Resulta que es el único cuerdo de todos. Alguien dijo alguna vez – y rememoró entrecerrando los ojos: – “El libro en que con más perfección están expresadas las grandezas y debilidades del corazón humano”. – Se dirigió a su nieto con brillo en los verbos y destreza en los ojos –. Y se apellida como nosotros. ¿Cómo un apellido tan ilustre ocultaría a un necio?

Nando alcanzó el libro. Leyó en silencio. Levantó la mirada y volvió a leer.

– Pero abuelo, no se sabe seguro si se llamaba Quijada o Quesada ­– argumentó.

– Estoy seguro de que era Quesada – afirmó el abuelo. Nando asintió con la cabeza.

Cuando la barba dejó de ser una sombra sospechosa y se instaló de manera permanente en su rostro, Nando comenzó a trabajar en un supermercado reponiendo el género a punto de extinguirse. Seguía peinándose solo, vistiendo zapatillas de colores distintos y gafas de natación, su colección d cómics de *Spiderman* superaba la centena y dibujaba osos de agua, figuras de Don Quijote y submarinistas azules de aletas rojas en su cuaderno también rojo. Su madre estaba segura de haberle conseguido un empleo “acorde a tus capacidades, cariño, y donde te irá estupendamente si no haces cosas raras, mi amor”, y apostilló la frase desde el fregadero con un “sí señor, si no haces cosas raras”, mientras secaba los platos y le daba la espalda a su hijo. El abuelo tosía y se enfadaba cada día un poco más. Su rodilla izquierda también protestaba.

La mañana en que Nando colocaba unas cajas de cereales desobedeciendo el orden establecido por su superior y acudiendo al criterio cromático como sistema de almacenaje, volvieron a llamarlo tonto.

– ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo, Fernando? – Su jefe le reprochaba su torpeza, con su nombre completo –. ¿Es que eres tonto, o qué? Las marcas deben ir todas juntas. – Su encargado suspiró, meneó la cabeza de lado a lado y se alejó a toda prisa, pronunciando a voz en grito: – Arregla este desastre, coño. Quiero el pasillo ordenado en media hora.

Nando se cubrió los oídos con las manos.

Al regresar a casa se parapetó en su habitación. Hojeaba el episodio titulado *Sagacidad arácnida*. Las lágrimas emborraban la escena en que *Spiderman* trataba de dar caza a *Electro*. Entonces tocaron en la puerta. La voz de su abuelo sonó al otro lado.

– ¿Qué te pasa, hijo?

– Nada, abuelo. – Devolvió con cuidado el cómic a su lugar exacto en el estante y paseó el dedo por los números de los capítulos. Se pasó las manos por los ojos humedecidos –. Odio el supermercado. Gritan todo el tiempo. No les gusto. – y no dijo nada más. Apagó la luz, se acostó y se tapó con la manta.

Unos minutos después su abuelo le habló de los Beatles a través de la puerta.

– ¿Sabes quiénes son los Beatles, Nando? – y esperó unos segundos –. ¿No? Pues escucha. Hace ya algunos años cuatro amigos de Liverpool decidieron hacer música y ¿sabes qué? Nunca se ha hecho nada igual.

– ¿Qué quieres decir, abuelo? – preguntó Nando desde su escondite.

– Bueno, sólo puedo contarte que para mucha gente fueron unos auténticos genios. ¿Te apetece oír un poco?

Nando no pronunció palabra. Pero instantes después abandonó su guarida y abrió la puerta. Su abuelo portaba unos cedés. Le pidió que lo acompañara y acomodados al lado del equipo de música, uno en la butaca con un cigarrillo en la mano y el otro con las piernas cruzadas sobre la alfombra, escucharon.

El abuelo le explicaba las canciones a Nando. Le tradujo que la vida era muy corta y no había tiempo para quejarse, pero podíamos solucionarlo porque: *we can work it out*. También le dijo que existía un mirlo con alas rotas, pero aprendía a volar porque toda la vida sólo había esperado un momento para alzarse; y lo tarareaba: vuela, *Blackbird*, vuela. Después le confesó que se había pasado la existencia buscando a una chica llamada *Michelle* para enamorarla y que incluso había memorizado aquel verso francés para ella.

Ya de madrugada salieron a dar una vuelta por el vecindario en el coche del abuelo, disfrutando de la música y la oscuridad mientras Jonh Lennon y Paul McCartney cantaban para ellos *Drive my car*.

El día que Nando conoció a Raquel llevaba puestos sus auriculares y su barba comenzaba a ser la de un náufrago. Escuchaba los Beatles y dibujaba en su libreta roja, sentado en los escalones del porche. Era sábado y se conocieron por casualidad.

–Me encantan tus gafas – pronunció una voz de niña. Lo repitió cuando él detuvo la música.

Nando alzó la vista para contemplar unas mallas de color rojo, un rostro enmarcado de pecas, un chaleco de lana largo y morado, un pelo negro en rebeldía, unas botas marrones de cuero y una sonrisa incompleta sin paletas delanteras.

– Gracias. – Había dejado de pintar.

– ¿Por qué las llevas si no estás en la piscina?

– Porque me gustan. Son mis favoritas.

– ¿Por qué llevas esa barba? – Volvió a preguntar Raquel.

– No sé. Me gusta.

– A mí también. Pareces Jesucristo.

– Yo no tengo el pelo largo – Negó Nando

– ¿Sabes una cosa? Me sé todos los números primos hasta el mil. El último es el novecientos noventa y siete – explicó Raquel.

– ¿Sabes que las banderas con más colores del mundo son las de Sudáfrica y Sudán del Sur con seis colores cada una? – contraatacó Nando – Creo que en África les encantan los colores.

Después de una tanda de preguntas y un alarde respectivo de conocimientos, se despidieron. Cuando ya se alejaba por el césped Raquel se volvió para gritar, haciendo altavoz con las manos:

– Me llamo Raquel Salinas, tengo nueve años, acabo de mudarme al barrio y soy la niña más inteligente de mi clase – y guiñó un ojo.

Nando no contestó, pero se hicieron amigos enseguida.

Ella lo esperaba a la salida del supermercado, después de hacer sus deberes, y le contaba sus andanzas en la nueva escuela, o le hablaba del Pirata Garrapata, o le enseñaba su caja de zapatos atiborrada de gusanos de seda, y le comentaba, enfadada, lo estúpida que era Isabel de la Vega por leer cuentos infantiles, querer ser una princesa y creer todavía en el ratoncito Pérez, y le argumentaba que Blancanieves era tonta por aceptar la manzana, o le confesaba que odiaba el amarillo, y que ella preferiría ser un húsar del ejército húngaro, o viajar en globo o dormir en una tienda bereber en el desierto.

Muchas veces daba vueltas en su bicicleta alrededor de Nando, mientras ella contaba y él reía.

Él aguardaba en la calle que ella terminase sus deberes para contarle que los osos de agua eran animales increíbles y que sus colores favoritos eran el rojo y el azul, o les mostraba la bolsa con sus trescientas canicas todas diferentes, o le explicaba que *Peter Parker* debía pelear continuamente para proteger la ciudad de Nueva York pero siempre velando por mantener su identidad en secreto, y que la única bandera del mundo de un solo color era la de Libia (que era verde), o le enseñaba sus dibujos sobre Don Quijote, los tardígrados y submarinistas azules de aletas rojas en su cuaderno también rojo. En ocasiones Raquel daba vueltas con su bicicleta alrededor de Nando, mientras él contaba y ella reía.

El día que tomaron un autobús para escaparse hasta la playa fue uno de los mejores de su vida. Cuando lo planearon, Raquel le confesó que habían de hacerlo a escondidas porque a su padre no le gustaba su amistad. Nando preguntó Por qué.

–¿Por qué a tu padre no les gusta nuestra amistad?

Raquel explicó algo de la diferencia de edad y que él era tonto según su padre, pero le dijo que ella no creía que fuese tonto ni nada, y argumentó que la edad no importaba entre dos amigos si la amistad era verdadera, ambos odiaban el amarillo y podían enseñar números primos o banderas al otro.

Llevaron bocadillos envueltos en servilletas, una sombrilla que Raquel sustrajo del altillo del dormitorio de sus padres, sus bañadores (azul el de Nando y morado el de Raquel), el cómic número siete de *Spiderman* para él, *Veinte mil leguas de viaje submarino* para ella, dos manzanas, una tableta de chocolate, la caja de gusanos de seda, la bolsa de las canicas y un bote de crema bronceadora que Nando había hurtado del supermercado el último día que su jefe le había gritado.

Después de bañarse se tumbaron en la arena para leer y secarse al sol. Cuando Nando se percató de las marcas moradas en la espalda, dejó a la mitad las peripecias de Hombre Araña.

– ¿Qué tienes en la espalda, Raquel? – preguntó con voz queda.

– Nada – Contestó ella con semblante serio. No levantó la vista de su libro –. A papá no le gusta que lea, ni que aprenda números primos.

La playa casi desierta, las olas dejaban un rastro de espuma en la orilla y ellos no dijeron nada más sobre aquello.

Como su bus de vuelta no salía has las las nueve y media, contemplaron juntos la caída del sol mientras acababan con las últimas onzas de chocolate.

En el viaje de regreso fueron en silencio hasta que al amparo de la oscuridad creciente Nando comenzó a hablar de Los Beatles, de *Spiderman*, del Quijote y de los osos de agua. Contó que muy pocos conocían los números primos que existían hasta el mil y que, aparte de su abuelo, ella era su única amiga y le pidió por favor que nunca dejase de leer. Nunca había hablado tanto rato. Raquel callaba. Ni siquiera dijo nada cuando las luces de la ciudad fueron apareciendo en la lejanía y sus ojos se empañaron un momento. Posó muy despacio su mano pequeña en la de él. Nando no la apartó.

El día en que lo llevaron al Centro psiquiátrico Nando no habló con nadie.

El abuelo, en un instante de lucidez, lloró a escondidas desde su silla de ruedas, pero después no reconoció a Nando cuando éste le dijo adiós sin palabras y le regaló su bolsa de canicas.

No le permitieron despedirse de Raquel.

Su madre le expresó su dolor, pero lo inevitable de la decisión. Argumentó algo de un abuso, una denuncia del señor Salinas, unas heridas en la espalda de Raquel, una amistad muy extraña y un peligro para los demás. Nando no la miró ni permitió que lo tocara.

Se encerró en su cuarto y preparó sus cosas: su cómic favorito, los cedés de los Beatles que el abuelo le había regalado y su cuaderno de dibujos, que llenaban páginas y páginas de osos de agua, Quijotes y submarinistas azules de aletas rojas. Todas las hojas estaban numeradas con el novecientos noventa y siete.

Y aunque no lloró cuando vinieron a recogerlo ni llovió la tarde siguiente a su ingreso. Nando Quesada escribió en su libreta roja, mientras las hojas de los árboles de la alameda danzaban en torbellinos. Anotó de su abuelo y los Beatles, del Quijote y de los tardígrados. Y de su única amiga, una niña de diez años que hacía preguntas directas y odiaba el amarillo. Como no llovía Nando apuntó al respecto: “ahora que no puedo llorar es una lástima que no llueva”.

El día que su vida cambió para siempre y ya nunca más se afeitó su barba bíblica, dejó de golpe de ser niño y adolescente.